

# Quito. La vieja ciudad recoge sus pasos

Moreano, Alejandro

---

**Alejandro Moreano:** Escritor, ensayista y sociólogo ecuatoriano. Autor de diversos trabajos sobre problemáticas políticas y culturales. Con *El devastado jardín del paraíso* obtuvo el Premio único de la Primera bienal de novela, Ecuador, 1990.

---

Hacia fines de 1991, el autor, historiador y crítico inglés de novelas policiales, W.K., llegó al Ecuador para una estadía de un año.

Vino, según lo confesó, atraído por una serie de sucesos criminales que llamaron su atención. W.K. estuvo en Quito como agregado cultural de la embajada británica en el período 55-62, y conservó la imagen de una ciudad conventual, dominada por las campanas y las letanías, y cuyas profundas pasiones se escurrían detrás de las cuatro paredes de los cuartos, sin salir jamás a la luz. Y he aquí que de pronto se enteró de sucesivos crímenes de masa: las cincuenta niñas asesinadas por el llamado «monstruo de los Andes» - los crímenes de una figura esperpéntica, salida del universo, de nombre Camargo<sup>1</sup> ; y, finalmente, la muerte violenta, en poco menos de dos meses, de cinco homosexuales y 12 taxistas<sup>2</sup>.

W.K. sostiene la tesis de que los crímenes de masa cometidos por el «gran criminal», son propios del período del capitalismo ascendente, el proceso de formación del individuo, la urbanización violenta, la transmutación de los valores: la época de Nietzsche y del superhombre. Esos crímenes, según W.K., se corresponden con el apareamiento de las novelas policiales precursoras y con la extraña relación entre el «gran criminal» y el «gran detective»<sup>3</sup>. La novela clásica viene después. «El asesino individual surge antes que el muerto individual - escribió en su polémico texto 'La complicidad de Jack el Destripador y Sherlock Holmes' -; la novela clásica nace cuando los que mueren son individuos y no los rostros anónimos de las muchachas de Jack»<sup>4</sup>.

---

<sup>1</sup>Camargo es el nombre de un ecuatoriano-colombiano acusado del asesinato y violación de entre 20 y 40 niñas menores de edad.

<sup>2</sup>Ocurridos en el segundo semestre de 1991 y de los cuales fueron acusados jóvenes menores de edad, aunque hay muchas dudas al respecto.

<sup>3</sup>«Los crímenes de la calle Morgue», el célebre texto de Poe; la vida de Jack el Destripador contemporánea a la de Sherlock Holmes; la teoría nietzscheana de Iván Karamazov.

<sup>4</sup>W.K. rechaza el carácter policial de la novela negra. Para él, la novela policial auténtica es un problema matemático: un crimen, un asesinato, un método de investigación, el poder de la razón. La novela negra revelaría la muerte del individuo. Las novelas de W.K. son una expresión impecable

Cierta nostalgia, recuerdos de alguna aventura romántica, viejos amigos y la avidez intelectual lo trajeron acá, en goce de su año sabático. W.K. creyó encontrar el Londres turbulento, dominado por los «bajos fondos», de la época de Jack el Destripador, donde podía ver en vivo el surgimiento del contexto de la novela policial. A primera vista, era el teórico e historiador el que así pensaba. Pero había algo más.

Le pregunté de súbito. No me lo dijo de inmediato. Intuí que, en el fondo, buscaba el élan, la inspiración que se le había agotado. De hecho, su última novela había sido publicada ocho años antes. Mi ilusión, me dijo, fue escribir una novela precursora, a la manera de El Crimen de María Roget, en la cual ni siquiera importe la identidad del asesino sino el maravilloso curso del razonamiento deductivo.

Sin embargo, a los cuatro meses de su llegada, se fue.

¿Cuál la razón de ese intempestivo viaje? ¿Cuáles los motivos del fracaso de la novela policial de Quito de W.K.?

## //

No encontré W.K. el Londres de los «bajos fondos». Durante los primeros tiempos, encontré una ciudad moderna, al norte y al sur, que se había tragado el viejo Quito que parecía formar un vacío allí en el centro, el «útero». Esa nueva ciudad era cuatro veces más grande y Quito era una de las pocas capitales en el Tercer Mundo, en la cual la densidad de población había disminuido en los últimos años<sup>5</sup>.

Hacia los 50, recordaba W. K., la ciudad era sólo el «Centro histórico» y «La Mariscal», el territorio de las capas altas. Cercada por las haciendas, parecía no tener posibilidad de crecer.

Entonces, todas las capas sociales vivían encerradas en la vieja casa de inquilinato del casco colonial: arriba la dueña de casa, descendiente de una nobleza segundona; abajo pequeñas costureras, jubilados, telegrafistas, ferroviarios, burócratas chejovianos, los «humillados y ofendidos», también las figuras esperpénticas el cargador de carbón, el mendigo apocalíptico, el poeta de la muerte. La vieja casa de inquilinato: allí donde imperaba el dios del moho y las telarañas, el dios de las paredes húmedas y las goteras, el dios papamoscas.

---

de esas tesis. Tienen éxito sólo en ciertas capas inglesas.

<sup>5</sup> En efecto, el crecimiento físico de Quito es muy superior a su crecimiento poblacional. Entre 1958 y 1980, la densidad de la población descendió de 213,3 habitantes por hectárea a 68.6.

Al poco tiempo, y luego de extenuantes discusiones, W.K. comprendió el proceso. De pronto todas esas capas, encerradas en la vieja casa de inquilinato salieron en estampidas, rumbo al norte y al sur, abandonando la vieja ciudad, con sus dioses y sus mitos, a la agonía. Pero, el viejo dios de los ninguneados no fue derribado por la rebelión metafísica de un singular nihilismo. Se fue sin pena ni gloria, arrojado por la ciudad moderna en el desván de los trastos viejos, arrinconado por la floración del plástico y los electrodomésticos.

Mr. W.K. experimentó una tenue nostalgia por la agonía de la vieja ciudad. Pero, al fin de cuentas, era un espíritu científico. Entendió que la causa de esa agonía no era, por supuesto, la muerte final de dios, en el último lugar del mundo<sup>6</sup> sino el capital que había logrado derribar los obstáculos del viejo sistema hacendario y promover una próspera industria de la construcción y de la propiedad inmobiliaria. Le indicamos que Quito fue el asiento principal de nuevos sectores empresariales que se apoyaron en la intervención del Estado, en los recursos petroleros y en un desarrollo industrial dirigido al mercado interno.

En el norte, lugar de sus primeras andanzas, descubrió que la antigua nobleza decadente y las capas medias aristocratizantes, se transformaron en una floreciente capa de empresarios, profesionales y tecnócratas jóvenes. Una sui generis revolución burguesa: la vieja gran aristocracia debió rendir, a esas capas, sus fortalezas<sup>7</sup>.

En el sur, se encontró con los barrios populares surgidos de la presión por tierra y vivienda. Un proceso, en su conjunto organizado y pacífico, que sólo produjo dos tomas de tierras<sup>8</sup>, y siguió el camino de la negociación, pero que jugó un papel decisivo en la ruptura del poder hacendario. Le informamos que en los 70 se gestó una singular organización, el Comité del Pueblo, integrado por 15 mil familias de todos los barrios pobres, que obligó a los grandes propietarios a urbanizar sus haciendas.

Crecimiento equilibrado, sin embargo, nos hizo notar. A diferencia de otras capitales latinoamericanas, aquí la modernidad se ha desarrollado sin grandes conflictos

---

<sup>6</sup>Allí mismo, donde hace más de cien años, García Moreno, un presidente ultraconservador una especie de teócrata civil, gritaría, al ser asesinado, ¡Dios no muere!, casi como una respuesta a la proclama de Nietzsche «Dios ha muerto».

<sup>7</sup>La Circasiana es un singular ejemplo. Célebre mansión de propiedad de los «Condes de casa Jijón», fue comprada por un empresario licorero; en la actualidad es la sede del Instituto de Patrimonio Cultural.

<sup>8</sup>De las cooperativas «Lucha de los Pobres» y «Pisuli». Al final esas tomas se transformaron en procesos de compra de la tierra.

sociales, sin ese masivo proceso de migración<sup>9</sup> que, en ciudades como Lima o San Pablo, terminó rompiendo y desbordando todos los diques y canales sociales.

En efecto, convenimos, en el norte el orden fue el producto de la construcción de grandes urbanizaciones, complejos habitacionales y zonas residenciales. En el sur y en el nor-occidental<sup>10</sup>, el resultado de la acción de cooperativas de vivienda, comités barriales, múltiples organizaciones de jóvenes, mujeres, comunidades cristianas de base, clubes deportivos, asociaciones culturales. W.K. no se encontró con el caos de la típica ciudad tercermundista del imaginario europeo. Un proceso de autorganización, clasificación, orden, control impidió la eclosión social propia de la urbanización acelerada.

Incluso, le dijimos, la lucha social asumió ese carácter organizado. Reivindicaciones de servicios, cierto clientelismo. En los momentos de gran conmoción social, cuando el auge del movimiento obrero se articuló a las luchas populares barriales en los célebres Paros Nacionales del pueblo de los 80<sup>11</sup>, el orden se mantuvo. En otros escenarios urbanos, el ingreso de dichos sectores ha producido tendencias caóticas, transformando el orden de las marchas sindicales en feria, carnaval, mercado. En Quito, no.

Todo parece indicar el triunfo discreto pero efectivo de la modernidad, nos dijo. La textura de la ciudad ha cambiado radicalmente: la organización longitudinal-polinuclear, sustituida por una organización metropolitana de múltiples centros, con complejos urbanos autosuficientes e integrada por una red pública impersonal; el poder terrateniente, fundado en la renta de la tierra urbana, desmontado por el capital de la construcción primero y finalmente por el capital de promoción que integra la renta a la ganancia; la gestión municipal, experimentando una rápida modernización que la convirtió en un ejemplo de eficiencia<sup>12</sup> y de las tendencias más avanzadas impulsadas por el Banco Mundial: autonomía de las empresas, descentralización técnico-funcional.

Pero, no sólo en la textura sino en el texto, W.K. advirtió cambios decisivos. Nuevos símbolos: los centros comerciales reemplazaron a las viejas Iglesias como los

<sup>9</sup>Según las estadísticas la migración a Quito se inserta en la estructura ocupacional de la misma.

<sup>10</sup>Sector de las faldas de Pichincha donde han brotado barrios populares fuera de la legalidad municipal.

<sup>11</sup>Entre 1975 y 1983 se realizaron 13 huelgas nacionales. La mayoría de ellas fueron sindicales, sin mayor fuerza. Hubo dos «Paros Nacionales del Pueblo» que incluyeron, junto a los sindicatos, al movimiento indio y a los barrios populares, con un éxito impresionante.

<sup>12</sup>En Guayaquil, en cambio, la preservación de las estructuras oligárquicas de poder de la «sociedad local» llevaba a la gestión municipal al caos y la bancarrota.

puntos de referencia y los mitos de la conciencia social. No sólo los símbolos, por supuesto; también la trama cotidiana: nuevos escenarios de lo público: las grandes avenidas, el atontódromo»<sup>13</sup>, los parques modernos y escenarios deportivos<sup>14</sup> en lugar de las antiguas plazoletas, los viejos parques, las callejuelas y los zaguanes.

W.K. encontró otra vida social. La antigua bohemia, confinada a las cantinas, reemplazada por una experiencia más diversificada: galerías, lanzamientos de libros, cafés, cine-forum, teatro, peñas folklóricas, y como fenómeno nuevo y agresivo, los ritos de la cultura de masas; espectáculos musicales, festivales rocoleros, la promoción masiva del deporte.

El cambio pareció aún más profundo en la construcción del individuo, piedra angular de la novela policial, según W.K. Si la ciudad es la culminación del mito de Edipo, la ruptura con la comunidad y la autoctonía del hombre, el reino del individuo libre y aislado; en 20 años, el Quito moderno pareció experimentar la transformación que en Europa duró dos siglos: la muerte de Dios y la desacralización del mundo, el reconocimiento de los derechos del placer y del deseo, las orgías del cuerpo y de la liberación política. Una nueva moral, grupos feministas, ecologistas, experiencias alucinógenas y el aprendizaje shamánico.

W.K. descubrió una nueva narrativa que pretendía celebrar ese cambio.

En su estancia anterior, W.K. había conocido la literatura de la generación de los 30 y leído las novelas y cuentos de Icaza, Gallegos Lara, de la Cuadra, Enrique Gil Gilbert, que incorporaron al imaginario social los personajes del indio, al montubio, al cholo ecuatoriano.

La nueva literatura ecuatoriana, en cambio, bajo la advocación de Pablo Palacio<sup>15</sup>, marcaba distancias respecto a la de los 30 y pretendía ser su contrapartida: una narrativa urbana que buscaba superar los límites del realismo social y captar la complejidad de lo real y el espesor de la subjetividad: cambios en la construcción de los personajes: del personaje tipo en situaciones típicas, expresión de un grupo o clase social, al personaje-individuo con una complejidad psicológica propia; modificaciones para superar el tiempo cronológico y la lógica causal hacia un tiempo narra-

<sup>13</sup>Es un paseo de circunvalación en auto que los «niños bien» realizan por la Avenida Amazonas, eje de La Mariscal. La «Amazonas» es un signo social y cultural. En los barrios pobres del sur, otra avenida es considerada «la Amazonas del sur».

<sup>14</sup>La Carolina, en el norte y Fundeporte, en el sur; construidos por el Municipio con el decisivo aporte de la empresa privada.

<sup>15</sup>Pablo Palacio es contemporáneo de la generación del 30. Su narrativa, sin embargo, es diferente: un hálito kafkiano, la anarquía de los sentidos, la experimentación formal, la locura.

tivo fundado en el sentido; transformaciones en el lenguaje - la supremacía del aspecto connotativo sobre el denotativo, de las funciones expresiva o poética o incluso fáctica sobre la función referencial - de manera que se convierta en protagonista central de la producción literaria.

W.K. pensó encontrar un Quito turbulento, caótico y violento, dominado por la cultura de los «bajos fondos», propio de los crímenes de masa. Se encontró con un Quito moderno en que si bien no era posible una novela policial a la manera de las precursoras, todo parecía llevar a la configuración de las condiciones de la novela clásica: la formación de individuos, la constitución de una esfera privada dentro de un orden público estable, el triunfo de la razón hegeliana: el Estado que clasifica, organiza, confiere la identidad.

### ///

Sin embargo, hacia el tercer mes de su estadía, conforme se adentraba en las profundidades de Quito para investigar los crímenes de masa, W.K. empezó a ver las cosas bajo una óptica distinta.

De pronto, en su mirada, el discreto triunfo de la modernidad capitalista se vino abajo. Descubrió la victoria pírrica de la ciudad moderna.

A pesar de ciertos esfuerzos por entrar en su seno<sup>16</sup>, la vieja ciudad había sido el desagadero de los rechazos de la modernidad. Allá iba todo lo que no entraba en el orden del cemento armado, el plástico y los electrodomésticos; en la taxonomía de la razón moderna y en la clasificación estatal. El escenario de los innecesarios, los excedentes, los que viven de ñapa, los que no tienen prisa y quiebran la dictadura del tiempo productivo. El reino de las gentes que no existen: pululan; la masa innominada, anterior y exterior a las estadísticas y al registro civil. Allí la feria, el carnaval de los colores y los sabores; allí, en el día, el gran mercado de los informales mezclados con la calle de las putas, los pequeños ladrones, los mendigos, los borrachos que perdieron la luna; y, en la noche, la plaza de los canelazos y las pequeñas pandillas, la noche de las cantinas y las rocolas donde persiste ese dolor ontológico y se cumplen los ritos del sufrimiento<sup>17</sup>. Allí, mezclados, los sobrevivientes del viejo Quito - el mendigo de la Biblia, el vendedor de sangre, el charlatán de feria - con el producto criollo de la modernidad: los textiles de Otavalo, los productores de

<sup>16</sup> Fernando Carrión señala la renovación urbana del «centro colonial» como uno de los ejes de la modernización.

<sup>17</sup> Al contrario de la Edad Media europea donde la taberna era lo «otro» del convento, el lugar de la alegría y la farra; en Quito, la cantina es el lugar del dolor que «azumaga» el alma. Allá, tabernizaron los conventos, acá conventizaron las tabernas.

adminículos caseros, los magos de las baratijas. Allí, el poeta de la calle traza su círculo de tiza y escenifica la comedia del mundo.

Hasta hace poco, la vieja ciudad seguía allí pero oculta, agazapada, condenada a mirar eternamente su agonía, su derrumbe inacabable, frente al desparpajo de la ciudad moderna.

De pronto, sin embargo, todo giraba y la vieja ciudad volvía a ser la verdad de Quito. W.K. lo advirtió con una mezcla de miedo y fascinación. El «centro histórico» y «La Mariscal» devenían otra vez en el escenario de la vida real de la ciudad y todos los que huyeron hacia el norte y hacia el sur tornaban su mirada al lugar perdido.

La vieja ciudad no sólo concentraba de nuevo, en el útero de Quito, el espesor existencial de la ciudad sino que brotaba en las hendidias, los rincones, los intersticios, los poros de la ciudad moderna. A veces, eran las invasiones de los indios que venían a completar sus ingresos y ese llanto sincopado, ese ayayayay interminable, percutía los oídos de los ciudadanos prósperos. En otras, eran los pequeños islotes de antiguos barrios o pueblos pobres que fueron avasallados por la ciudad moderna, los que empezaban a colarse e incluso acosar las mansiones de los barrios ricos.

En los primeros tiempos de su estadía, W.K. creyó que el nuevo Quito era el escenario del surgimiento posible de la novela policial: la formación del individuo y de lo privado.

El descubrimiento del nuevo rostro de la ciudad modificó enteramente su impresión inicial. Volvía a aparecer en el horizonte la perspectiva del «gran criminal» y de la novela precursora.

Pero pronto se dio cuenta de que no era posible ni la una ni la otra.

La modernidad había fracasado no sólo por la resistencia de la vieja ciudad, sino por su propia historia: la modernidad llegaba al Ecuador cuando agonizaba en Europa; la muerte de Dios se encontraba con la muerte del hombre; la avidez tecnológica con el derrumbe del mito del progreso. W.K. encontró un individuo a medias, perdido en el seno de las instituciones y los aparatos, el mezquino espesor dramático de una vida alienada, la incorporación fetichista de los objetos tecnológicos a la vida privada de las capas medias, la pobre razón analítica sin objeto.

La nueva narrativa experimentaba las consecuencias, nos dijo en alguna ocasión con cierta vehemencia. El tránsito del personaje-tipo al personaje individual, de su existencia exterior a la interior, ha quedado trunco. Los personajes más ricos son aquellos configurados por la leyenda: Joaquín Gallegos Lara, Naum Briones<sup>18</sup>. La problemática de la identidad que, en la narrativa de los 30 fue la de la identidad nacional y social, se vuelve ambigua, a medio camino entre la afirmación social y la individual.

La imagen de novela urbana es también relativa, insistió. Naum Briones, después de todo, es un bandolero rural de principios del siglo y Gallegos Lara vivió en los años 30 y 40. Pero, incluso en las novelas propiamente urbanas, algo ocurre... Javier Ponce ha señalado el «... pacto obsesivo que se ha establecido entre Quito y los nuevos relatistas...» y señala como sus exponentes, el libro de cuentos *El hombre de la mirada oblicua* y la novela *El devastado jardín del paraíso*<sup>19</sup>. Sin embargo, en ambos, el personaje real es la vieja ciudad cercada por la ciudad moderna.

No, no era posible: la novela policial clásica requiere de «cadáveres individualizados». Acá, en cambio, el fondo innominado de las muchachas asesinadas, los homosexuales... indiferenciados, intercambiables, apenas un número.

La novela policial clásica busca la identificación del criminal, no su castigo<sup>20</sup>. Responde a la época de la constitución del Estado moderno sobre la contabilidad de los ciudadanos. En Quito, en cambio, la proliferación, el pulular de las gentes, rebasa la capacidad analítica del Estado - somos los que estamos fuera de las estadísticas -: hay tantas sombras en la noche , en las callejuelas...

La ciudad como espacio de culminación de la ruptura edipiana se ha vuelto imposible: la ciudad, la vieja ciudad, sigue siendo la madre, el oscuro útero trágico y nutricio.

#### IV

Pero, tampoco la reedición del secreto complot entre Jack el Destripador y Sherlock Holmes.

---

<sup>18</sup>Gallegos Lara, gran escritor de los 30, y personajes de *Entre Marx y una mujer desnuda*, de Adoum; Naum Briones, bandolero romántico y personaje de *Polvo y ceniza*, de Eliecer Cárdenas, dos novelas significativas de la época.

<sup>19</sup> *El hombre de la mirada oblicua*, cuentos, Javier Vásconez; *El devastado jardín de paraíso*, novela, Alejandro Moreano.

<sup>20</sup> La Iglesia funda su poder en el castigo, el Estado en la cédula de identidad.



W.K. buscó, indagó. Conversó largas noches con los homosexuales de «La Mariscal». Visitó en la cárcel a los muchachos inculpados de ese asesinato múltiple y asistió a las cantinas y las discotecas que los mismos frecuentaban. Realizó varias entrevistas a Camargo, el asesino que leía a Dostoievski. Aspiró la atmósfera de todos esos crímenes.

El criminal, a pesar de Dostoievski, era también una cifra, una máscara, un rostro anónimo tomado de la reserva de desesperados de la ciudad, para justificar otros culpables que no tenían, por supuesto, la mítica crueldad del gran criminal.

En los días de la estadía de W.K. salieron a la luz todos los monstruosos métodos del llamado Servicio de Investigación Criminal<sup>21</sup>, equivalente de Scotland Yard. Torturas brutales no para descubrir a los autores del delito sino para obligarlos a aceptar cualquier crimen. En el fondo anónimo de la vieja ciudad cualquiera servía para endilgarle cualquier delito.

La vieja ciudad que volvía triunfal sobre el fracaso de la ciudad moderna, no era entonces el magma anterior a la modernidad, y en la cual, los crímenes de masas prefiguran el crimen individualizado. Era el fracaso radical de la modernidad, el Edipo perpetuo, el individuo a medias y la imposibilidad del «gran criminal» y del «gran detective».

## V

Sin duda, el norte y el sur siguen siendo escenarios de la política y de la vida de la ciudad. Los intereses del capital de promoción y la lucha de los barrios populares por resolver sus problemas fundamentales continúan como factores centrales de la perspectiva futura de Quito.

Sin embargo, el destino de la ciudad como mito, símbolo, texto cultural, se juega por entero en la «vieja ciudad».

La vieja ciudad es el escenario de una frontal lucha política que se libra en el terreno de los símbolos, de la «historia». Que comporta, por supuesto, disputa de la propiedad y de la renta de la tierra. Lucha por el poder. Pero que tiene, sobre todo, una dimensión cultural.

---

<sup>21</sup>Debido a la lucha ejemplar de los padres de los hermanos Restrepo, jóvenes desaparecidos por la policía, el Gobierno disolvió el Servicio de Investigación Criminal. En el proceso salieron a la luz, los «métodos» de investigación del SIC.

La Mariscal, el antiguo barrio residencial de los ricos, ha sido el lugar de confluencia de hoteles, bares, peñas y centros nocturnos de lujo, por un lado, y de prostitutas y homosexuales callejeros, avanzada de capas populares que han disputado el dominio territorial, por el otro. Lugar de la ciudad nocturna, ha elevado la lucha social al nivel de las pasiones exacerbadas por la noche y su promesa orgiástica. Combate a muerte; comités de moralización, palizas a las prostitutas, asesinatos de homosexuales. A nuestro juicio, la pelea ha sido ganada ya por el poder.

La soberanía material y simbólica del «centro histórico» comporta un conflicto mucho más complejo. Las capas populares que lo tomaron luego de la precipitada fuga de la aristocracia y las capas medias, tienen hondas raíces materiales y culturales. Son el verdadero Quito: su miseria y su poesía, su sordidez y su mitología. A su frente, un poderoso proyecto de (re)conquista - empresas trasnacionales y la nueva burguesía - por la vía del gran turismo y de una modernidad que se pretende heredera de la tradición. Hay también un débil proyecto intelectual que pretende recuperar la identidad colonial, articularlo al sabor y la atmósfera populares de hoy y convertir al «centro histórico» en un escenario de creación artística. Hay, por supuesto, nostalgias, sueños, deseos.